

Cuando lloran los cerezos

*H*ace tiempo que quiero contar mi historia, esos tiempos en los que viví y vivo siendo ya una anciana. Sé bien que debería permanecer velada, oculta, digna del tabú que es. Cuando mi historia dio comienzo yo contaba con veintiún años, pero es necesario que empiece desde el principio.

Japón, 1931

La nieve caía sobre el monte Fuji, el cual se veía desde el dojo* de mi padre, donde vivíamos. Mi padre era un admirado y honorable maestro de la espada, del arte del kendo, a cuyo dojo acudían cientos de estudiantes para aprender en primera persona y beber de su arte, sabiduría y porte.

Mi madre murió cuando yo tenía ocho años, de unas fiebres altas, y mi padre quedó muy apenado por el hecho de no haber podido engendrar a un heredero varón para el dojo.

Recuerdo el día de su funeral... Mi padre había comprado un sobrio ataúd blanco, como es tradición. Todos vestíamos los kimonos ceremoniales. El dojo estaba lleno de alumnos, y los padres de los mismos, gente del pueblo y familiares lejanos y cercanos. Un monje sintoísta que vivía en un templo colindante al Fuji, fue quien ofició la ceremonia, entonando rezos para dirigir parte del alma de mi madre al pequeño templo familiar que de ahora en adelante presidiría el salón principal, de maderas oscuras, de la casa.

El aroma de los inciensos y los cirios flotaba por la estancia y de hecho impregnó gran parte del dojo. Días después seguía oliendo a ceremonia.

Los invitados fueron depositando ofrendas de arroz, sake, ramas de pino y agua con sal, en un riguroso y solemne silencio, hasta que mi padre introdujo dentro del ataúd un paipay —el favorito de mi madre— y un pañuelito bordado. Toda la noche se veló su cuerpo y de madrugada, la comitiva se dirigió hacia el cementerio.

La nieve caía delicadamente sobre nosotros y lo único que se escuchaba era nuestros pasos. Mi padre me tenía agarrada de la mano y miraba estoicamente hacia delante. Su rostro parecía una máscara de teatro kabuki. Y estaba tan delgado... La muerte de mi madre le había quitado todo su arrojo y emoción por la vida.

Recuerdo que durante el entierro no me miró ni una sola vez, no me dijo palabra de aliento alguna. Puede parecer que mi padre fuera un hombre duro, pero simplemente pretendía encerrarse en sí mismo para no hacernos partícipes de su dolor a los demás. Yo, a mis ocho años, no sabía qué pensar, qué sentir... Mi madre era la única figura femenina que tenía junto a mí en el dojo, aparte de las cocineras, y de repente ya no estaba. No sabía si sentirme sola, abrumada, triste... Fue algo que, aunque se viese venir, uno nunca está preparado para afrontarlo.

La tierra nevada caía ahora sobre el blanco ataúd y la mañana llegó invernal y gris. Todos los presentes fueron abandonando el cementerio mientras nos dirigían palabras de aliento y le estrechaban la mano a mi padre. Algunas de las mujeres se agachaban y me daban un tierno abrazo y me decían frases como: “Ahora tú eres la mujer de la casa” o “Cuida mucho a tu papí”. Yo simplemente me limitaba a asentir.

Esa misma tarde escuché una conversación entre mi padre y su hermana mayor, Keiko. Mi padre se lamentaba abiertamente de que mi madre no le hubiera dado un varón.

—Siempre puedes contraer segundas nupcias —le animaba mi tía—. Y si Tsubaki te da problemas siempre puedo llevarla conmigo a Kioto. Una niña más en casa no me dará mucho trabajo. Todo lo contrario, haría de ella una mujer de provecho y una esposa obediente.

Escuché a través de la puerta cómo mi padre le daba un sorbo a su té. Con horror, sentí su profundo y sugerente silencio. Las lágrimas acudieron raudas a mis ojos y salí corriendo de allí. Me escondí en la cocina, dentro de una alacena de madera vieja, y me eché a llorar.

Tía Keiko tenía cinco hijos en total, tres chicas y dos varones. Mis primos eran mayores que yo y la más pequeña de todos, Midori, contaba con dieciséis años. Los chicos eran ya dos hombres serios y adinerados, cada uno en su propio hogar, mientras mis primas continuaban solteras en casa, como si fueran las criadas de mi viuda tía. Yo no quería ese futuro para mí, ni tener la expresión agria de mis primas. Solo estuve dos veces en su casa, pero aún sigo recordando el sentimiento de ahogo y represión que sentía en ella. Realmente no sería lo mío despertarme antes de que saliera el sol, arreglar toda la casa, limpiar la porcelana, lavar ropa, y ese largo etcétera que mi tía les hacía cumplir religiosamente a sus hijas, alegando que dichas tareas no iban a ser más que un preámbulo de lo que iban a vivir una vez casadas. Siempre se me ha antojado como una suerte de princesa imperial en su castillo de ensueño. Y si digo la verdad, no era más que una señora amargada de clase media-alta que intentaba parecerse todo lo que podía a una noble.

Sigo diciendo que eso no era lo mío, y por eso lloraba metida en la alacena. Lo mío era el bosque, lo mío era el Fuji, lo mío era ser sencilla y no princesa, pero sobre todas las cosas, lo mío era el kendo y la katana que me regaló madre. Era buena con el sable, y lo sé porque mi padre lo había dicho muchas veces y él no regalaba elogios. Era duro, pero también sincero, y no me quería separar de él.

De repente, oí pasos en la cocina y temiendo que alguien hubiera escuchado mis sollozos, enmudecí de la vergüenza, intentando no ser descubierta. Volví a escuchar los pasos, pensando que bien podrían pertenecer a mi padre, pero casi sin darme tiempo a pensar, las puertas de la alacena se abrieron de golpe, llenando mi rostro con la luz del exterior.

—Tsubaki, ¿qué haces aquí?

El niño me miró interrogante y confundido. Era Nobu, uno de los alumnos de mi padre, que contaba con doce años y llevaba desde los seis practicando kendo con él. Era muy bueno con el sable y muchas veces mi padre nos hacía entrenar juntos para mejorar mi habilidad.

Nobu se acuclilló para verme mejor. Era un chico espigado que había empezado a crecer en el último año, era muy delgado, pero en realidad muy fuerte.

—¿Por qué lloras, Tsubaki Chan*? ¿Es por tu mamá?

Negué con la cabeza y Nobu me miró extrañado.

—¿Y por qué entonces? —insistió, cogiéndome de la mano y haciendo que saliera del mueble, mientras me restregaba los ojos intentando disipar las lágrimas.

—Mi padre quiere mandarme a vivir con mi tía.

Nobu me miró con ternura.

—Tu papá no va a mandarte con tu tía, Tsubaki Chan... se quedaría muy solo sin ti, ¿no crees?

Yo negué con fuerza, agitando la cabeza.

—Mi padre no me quiere porque no soy un chico. Si lo fuera sería un honor para él y estaría orgulloso de dejarme su dojo cuando muriera.

Nobu empezó a carcajearse de mí.

—¿Por qué te ríes? Pareces un mono.

—Pero Tsubaki Chan, ¿acaso no tienes dos brazos y dos piernas?

—Sí.

—Y tienes la katana que tu madre te regaló. Y sabes ya muchos pasos y estocadas de kendo. Cuando cumplas los quince años tu padre te presentará al examen de primer dan* y lo pasarás, y dentro de poco podrás practicar zazen. ¿Qué te va a impedir hacer todo eso y llegar a ser una maestra y dirigir el dojo de Fujikawa Sensei*?

Cierto es que a las mujeres no se nos enseñaba el arte de la katana y que las únicas portadoras de este don eran tachadas de ladronas, e incluso de ramera, ya que eran las únicas que las llevaban, por protección y supervivencia; a escondidas, eso sí. Mi sexo se dedicaba más bien a la ceremonia del té, la costura, el canto, el baile...

—Soy una chica y mi padre me enviará con mi tía. Estaré con ella hasta que me case, me quitarán la katana y no podré usarla nunca más.

Comencé a llorar nuevamente y Nobu a reírse, mientras me atraía hacia él y me agarraba de los hombros, obligándome a mirarle.

—Entonces, Tsubaki, lo que tenemos que hacer es entrenar mucho para demostrar a tu padre lo buena que eres, ya que algún día serás capaz de vencer a todos los chicos del dojo.

—Eso no va a pasar nunca —dije entre gimoteos.

—Yo entrenaré contigo en todas mis horas libres y te demostraré lo buena que puedes llegar a ser. ¿Vale, Tsubaki Chan?

Asentí. Las lágrimas se me habían secado y no podía dejar de mirar la decisión que impregnaba la cara de Nobu.

—Ve a por tu sable, que vamos a empezar.

—¡Gracias, Nobu Nichan*!

Mi padre apareció en mitad de mi entrenamiento con Nobu Kun*. Mi tía, con su habitual gesto avinagrado, estaba de pie a su lado, mirándonos desde el pasillo de madera que rodeaba el jardín, donde estábamos mi compañero y yo.

Al verles, me entraron ganas de salir corriendo. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? ¿Habrían estado viéndome entrenar? Nuestras espadas de bambú dejaron de chocar y mi padre me llamó.

“Ya está”, pensé. “Ahora va a decirme que haga mi maleta y me marche.”

—Anda, Tsubaki Chan. Despídete de tía Keiko.

Miré con sorpresa a mi padre y haciéndome un gesto con los ojos, me acerqué a mi tía y la besé en la mejilla. Ella no era muy propensa a mostrar gestos de cariño. No era como mi madre. Ella no solo me cuidaba a mí, sino que se preocupaba por todos y cada uno de los alumnos de la escuela. Mamá Rioko la llamaban. Pero mi tía...

Se puso en pie tras recibir mi rápido beso y después, suspirando exageradamente, dijo a mi padre: